
ponencia 51 congreso de americanistas

VICTORIA NOVELO O.

EL TRABAJO ARTESANAL MEXICANO, UN SISTEMA PRODUCTIVO Y CULTURAL

La nueva globalidad del viejo capitalismo

Los artesanos mexicanos con semejanzas técnicas, tecnológicas y jurídicas¹, aunque con diferencias de tradiciones de origen, de reconocimiento social, de potencialidades y de mercados, enfrentan actualmente

¹ Están cobijados bajo el manto de una anticuada “Ley Federal para el fomento de la microindustria y la actividad artesanal” publicada en 1988 por SECOFI, hoy Secretaría de Economía, y que contiene pocas definiciones, muchos procedimientos administrativos y algunos objetivos no alcanzados (especialmente su artículo 7º. que habla de estimular la producción, fomentar la agrupación de microindustrias, elaborar programas de difusión gestión y capacitación empresarial así como impulsar tareas de investigación “y de aplicación de técnicas de mejoramiento para el fomento y desarrollo de la producción artesanal”. Por su parte, la “tabla de enfermedades del trabajo”, artículo 513 de la Ley Federal del Trabajo, aunque reconoce afecciones que tienen que ver con casi todos los oficios, el acceso de los trabajadores artesanos a las instituciones de seguridad social es muy escaso y raramente pueden tener servicio médico y mucho menos a jubilaciones, indemnizaciones o pagos por incapacidad a causa de una enfermedad o accidente profesional.

retos que están provocando cambios en su organización productiva tradicional. El contexto general en el que podemos ubicar los desafíos es el de una agudización de contradicciones propias del sistema hegemónico del capitalismo, tanto en sus dimensiones objetivas como subjetivas.

Por una parte hay un indiscutible desarrollo de tendencias globalizadoras en el sentido de la capacidad de mundialización que tiene el actual proceso de la economía caracterizado en sus rasgos más visibles por “la internacionalización de las estrategias corporativas y de los mercados financieros, la amplia difusión tecnológica y la caída de las barreras comerciales” (Kuri Gaytan, Armando, 2003:4); por otra parte, hay un embate propagandístico, casi podría decir, una “guerra cultural de baja intensidad” que usa las modernas tecnologías de información para proponer modelos de vida pretendidamente deseables a escala planetaria; en ambos sentidos, la globalización buscaría, hipotéticamente, establecer una economía integrada a la cual accedería buena parte del mundo menos desarrollado. Al nivel de las sociedades nacionales las estrategias globalizadoras

impuestas adquieren una fisonomía particular de acuerdo a las condiciones locales; en América Latina en general y en México en particular, no sólo cobran certeza los informes que demuestran que la etapa actual del capitalismo con sus interconexiones de redes y flujos en apariencia libres se presenta en realidad altamente concentrada y asimétrica (Sánchez Ruiz, 2001, Kuri Gaytan, *op cit*), sino que sus estados de cuenta sociales prueban que los únicos países que se han beneficiado de la globalización son aquellos que han tomado el control de ésta (los que según algunos autores conforman una tríada: Estados Unidos, Europa y Japón) para sus propios intereses lo cual ha hecho a los “ricos cada vez más ricos y a los pobres cada vez más pobres y cada vez más enfadados”, como dijo el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz (en *La Jornada*, 2002).

Al nivel de la producción nacional mexicana, las imposiciones de ajustes estructurales que exige la actual etapa, con reubicaciones y transformaciones de las cadenas productivas, de las relaciones laborales y de las condiciones financieras, ha repercutido, en la pérdida de control,

cierre o venta de empresas, pero también, entre otras cosas, en la creación de nuevos sistemas productivos locales² y/o en la transformación de los existentes con estrategias de innovación, concentración de micro, pequeña y medianas empresas con especialidades locales y con iniciativas para desarrollar empresariados regionales. Esta es una vía posible para desarrollar la actividad artesanal, al menos en alguno de sus sectores.

Los artesanos, un sector heterogéneo

Investigando en la raigambre del artesanado mexicano actual³, podemos distinguir dos grandes tradicio-

nes en su conformación que, como grupo fundamental de productores, cubrió todo el período colonial y comenzó a perder importancia, numérica y estratégica, a partir del desarrollo capitalista industrial de la segunda mitad del siglo XIX.

Por una parte, el artesanado de origen europeo que llegó a territorio mexicano con la conquista española con todo su bagaje de formas de organización, reglamentación, ritualidad y técnica y, por otra, la manera indígena de producir que se fue refugiando en las unidades domésticas de los pueblos sometidos y como mano de obra aprendiz en los oficios y talleres permitidos por el monopolio español. Esta singularidad mexicana, o una de ellas, añadió

- 2 El economista Alejandro Díaz-Bautista dice que “el sistema productivo local está asociado a una forma de desarrollo basada en dinámicas endógenas. Tres elementos lo caracterizan: lo pequeño por su capacidad de adaptación y de flexibilidad, lo cercano por sus relaciones directas y por la confianza y lo intenso por la densidad de las empresas.” Con una visión basada en la propuesta del desarrollo regional endógeno que opone a la visión tradicional (industrialización en grandes plantas y urbanización en grandes ciudades), dice que en México se ha desarrollado una realidad local donde artesanos e industriales asumen de forma conjunta los riesgos del mercado que en un momento futuro podrían complementar actividades en un proceso autónomo, discontinuo y con medios de producción modestos (2003:3)
- 3 Sobre el tema hay varias obras muy reveladoras: González, José María (1974); Illades, Carlos (1996); Novelo, Victoria (1976); Pérez Toledo, Sonia (1996); Seminario de movimiento obrero y Revolución mexicana (1991); Trujillo Bolio, Mario (1997), von Mentz, Brígida (1999).

a los contingentes artesanos europeos urbanos a estratos de la sociedad trabajadora india colonizada que producía con otras técnicas pero también con otros patrones estéticos y simbólicos. Esas primeras diferenciaciones en la manera artesanal de producir influyó en una división territorial del trabajo artesano y su consecuente especialización que es visible hasta nuestros días; con el tiempo produciría un mestizaje (no exento de discriminaciones) de destrezas y modos de hacer las cosas al que seguirían otros conforme se incorporaban al trabajo inmigrantes libres o forzados de diversas nacionalidades, colores y oficios (especialmente en el siglo 19 con la llegada de artesanos de oficios textiles, del vidrio, del papel, de la palma y otros).

Así, jerarquías, responsabilidades, privilegios y prestigios; exclusiones étnicas, prohibiciones y reglamentaciones; conocimientos, habilidades, destrezas y talentos; métodos de aprendizaje y de supervisión; disposición de las casas-habitación y accesorias⁴ en calles y ba-

rios que dieron personalidad a las trazas de las ciudades y pueblos; tipos de asociaciones de auxilios mutuos y de defensa de las condiciones de vida y trabajo; ceremoniales asociados a la protección del trabajo; formas de organización religiosa (cofradías y mayordomías) y días de guardar, celebrar y faltar; tradiciones de comunicación en el trabajo y de estética del taller, conforman, con otras prácticas culturales, herencias que con distinto vigor continúan manifestándose. En pocas palabras, lo que puede considerarse “propio” de la cultura artesana está vinculado centralmente con los valores, códigos, simbolizaciones y tradiciones originados en la experiencia compartida en el espacio de la producción, los procesos de trabajo y los rituales religiosos y profanos de los que participaban. Sobresalen, por su permanencia, algunas conductas, hábitos y valores como el individualismo, el secreto del oficio, la defensa del control personal sobre los ritmos y las cargas del trabajo, la preferencia por las relaciones cara-a-cara con el consumidor y la orientación de los ciclos de producción de

4 Locales anexos a las viviendas que servían como talleres o comercios y que tenían acceso directo a la calle.

acuerdo a una economía moral fincada en las necesidades materiales y espirituales de la vida doméstica.

Con el inicio del proceso de transformación de los modos de producción en la sociedad, resultado de una revolución tanto técnica, como tecnológica y cultural, que implicó la paulatina falta de demanda por muchos productos artesanales, el artesanado no se disgregó totalmente como clase. En un proceso contradictorio que aun perdura, los artesanos dueños de taller, como pequeños patronos que contratan obreros artesanos pero que trabajan ellos mismos como los maestros del oficio, permanecen como entonces, dentro de una pequeña burguesía que ha perdido mucho de su antigua elegancia, educación e importancia social, pero que subraya su perte-



nencia al mundo de los dueños, no de los empleados y se ubican de acuerdo al tamaño de su taller, entre las micro-empresas. Otros se proletarizaron, aunque con mayores calificaciones obreras, sumándose al creciente contingente del proletariado industrial que tomó su lugar como clase productora fundamental. Y como en otras etapas de la historia económica mundial, la mayor parte de los artesanos rurales que disponían solo de la fuerza de trabajo familiar y combinaban el ejercicio de sus habilidades artesanas con la vida del campo (lo que equivale a decir que sus modelos culturales están más bien emparentados con una cultura campesina en general y, en ocasiones, con culturas étnicas particulares), permanecen trabajando en sus talleres domésticos pues su producción sigue siendo socialmente necesaria y puede satisfacerse con tecnología rudimentaria como es el caso de los alfareros que siguen quemando a la usanza neolítica o las mujeres que hacen textiles en telares "de cintura" prehispánicos. En otros casos, pudieron adaptarse a algunas reglas de la economía de mercado que, en ocasiones, los convirtió en maquiladores de los comerciantes. Este estatuto también lo presentan los talleres artesanales modernos

que producen objetos decorativos y mobiliario de acuerdo a los modelos (o prototipos) que hacen artistas y diseñadores formados académicamente en universidades, escuelas de oficios o de arte para el consumo de altos ingresos; aunque existe el trabajo por encargo, la organización del trabajo responde más a la maquila que a la elección y control personal del artesano presentándose una cierta ambigüedad entre dueño y obrero maquilador.

Los protagonistas de la producción artesanal tienen así adscripciones clasistas y étnicas diferentes e igual pueden tener vinculaciones distintas con el mercado y dar respuestas distintas a las situaciones que ha procreado el actual “liberalismo económico” en su conexión con la producción artesanal entre las que puedo mencionar la insistencia en la exportación como mecanismo

de crecimiento, en la innovación de productos y sistemas de organización, y en el fomento del “turismo cultural”⁵, una de cuyas atracciones en México, desde los inicios del siglo 20 han sido las artesanías.

Por un lado los artesanos populares, que en general trabajan en talleres familiares, tanto los que producen para sus iguales, (en términos de culturas y formas y calidades de vida compartidas) como los que producen para el mercado turístico experimentan una disminución preocupante de materias primas tradicionales debido a la depredación que en el último siglo ha sufrido la naturaleza por la irracional e irresponsable explotación de los recursos naturales y el crecimiento caótico de las ciudades (especialmente en cuestión de bosques, pastos, materiales para teñido y barros). Hasta ahora las solu-

5 En 2002, México fue visitado por 19.8 millones de extranjeros de los que poco más de medio millón viajaron motivados por sus atractivos culturales; y de 150 millones de turistas nacionales, 8.5 millones estaban interesados en cuestiones culturales. Periódico *El Financiero*, lunes 12 de mayo, 2003, pág. 41.

Las tiendas del Fondo Nacional de las Artesanías (FONART) tuvieron ventas netas en 1999 de casi 17 millones de pesos (ni dos millones de dólares americanos) vendiendo productos de lacas, vidrio, alfarería, textiles, muebles, joyería, hojalata, fibras vegetales procedentes (en orden de importancia) de los estados de Michoacán, Oaxaca, Jalisco, D.F., estado de México, Guerrero, Puebla, Guanajuato, Tlaxcala y Chihuahua. (comunicación personal de la oficina de la dirección de Fonart, 2000).

ciones han sido casuísticas y los organismos promotores de artesanías comienzan a intervenir en este aspecto al menos, con recomendaciones sobre la necesidad de implementar políticas ecológicas sustentables y realistas.

Por su parte, la promoción del turismo interno y externo ha creado una proliferación de empresas dedicadas a la compra venta de artesanías, algunas de las cuales han creído necesario sugerir cambios en la organización de la producción artesanal para acceder a un mayor volumen de producto y exigir una mayor calidad. Algunas de las acciones emprendidas han tenido muy buenos resultados (por ejemplo, en talleres de mujeres tejedoras y



bordadoras) pues han implicado procesos educativos de larga duración que han ordenado y normado los procesos de trabajo profesionalizando las labores de las mujeres separando el espacio doméstico del de la producción ⁶. Pero la mayor parte de las transformaciones, especialmente las que inducen los comerciantes con mentalidad de supermercado, se dirigen al cambio del producto provocando un descenso en la calidad de los objetos que entran en lo que se ha dado en llamar “artesanía chatarra” o “artesanía de aeropuerto” con la consecuente pérdida de habilidades y tradiciones creativas de trabajo sin reportar mejores ingresos para los productores produciendo además pérdidas de identidades originales de los productos que teóricamente son el atractivo comercial.

El estrato de artesanos populares que produce objetos catalogados como “arte popular” es decir, modelos tradicionales que encierran una propuesta estética no académica y comunica valores y símbolos pro-

6 Hay varios ejemplos de estas acciones en los estados de Puebla, Yucatán y Chiapas que llevan a cabo asociaciones civiles y de capacitación.

pios de las culturas étnicas y campesinas de México, tiene teóricamente una posición privilegiada en cuanto a la posibilidad de mantener vigente su producción frente a las exigencias del mercado y la competencia internacional precisamente por su “monopolio cultural” sobre los valores de su propio trabajo creativo que es lo que busca el consumidor de arte étnico, primitivo, *naïve* o popular. Y sin embargo, en este renglón, el liberalismo económico puede lograr deformaciones absurdas:

Uno de los aspectos del mercado “global” en su pretensión de integración mundial del comercio originó una maquila internacional de artesanías “típicas” que ha desembocado en una apropiación comercial de identidades culturales como la producción de tapetes de modelos indios estadounidenses en telares de Oaxaca o la fabricación de guitarras de Paracho en Japón, país en el que alguna vez se copiaron los deshila-

dos de Aguascalientes produciéndolos a máquina en grandes cantidades⁷. Por su parte, la caída de algunas barreras comerciales ha permitido que nuestro país se vea inundado de *chucherías* —cestería y textiles— baratísimas procedentes de China y Guatemala.

A pesar de que, en entrevistas, funcionarios de Casas de Artesanías de regiones artesanales han manifestado que la exportación directa no se ha convertido en una opción realista, los programas de apoyo de la Secretaría de Economía hacia los artesanos y microindustriales enfatizan el comercio exterior⁸. Un estudioso de este tema ha dicho que si los latinoamericanos quieren acceder al mercado europeo donde hay un gusto por el producto étnico y exótico y se aprecia la alta calidad, tendrán que establecer un modelo que compita con los modelos africano y asiático de la comercialización de artesanías⁹. Pero hasta ahora ni existe un modelo

7 Daniel Rubín de la Borbolla (1956:448).

8 Como el PROADA (Programa de apoyo al diseño artesanal) de la Secretaría de Economía.

9 El autor español Víctor Lejarreta (1999) señala que el modelo africano entró desde 1980 al mercado europeo con productos de arte popular tradicional, “con perfecta indicación de su procedencia, materias utilizadas, técnicas y simbolismos” asociados a una imagen

iberoamericano de exportación ni las grandes cadenas europeas se han interesado por las artesanías mexicanas, quizá exceptuando las grandes bodegas de Estados Unidos que compran artículos baratos y de dudosa calidad.

En la producción de los talleres de oficios, los problemas más agudos tienen que ver con la competencia, tanto entre talleres como con los productos industriales. Los talleres que han enfrentado el reto exitosamente, han puesto en juego la creatividad de las culturas del trabajo artesanal. Por una parte apostando a la calidad y originalidad de sus productos, por otra, atendiendo a los cambios del mercado introduciendo mejoras en su organización del trabajo. Por ejemplo, introduciendo una división profesional del trabajo familiar donde unos miembros son profesionistas universitarios que se ocupan de la administración y las ventas, mientras los otros continúan siendo productores. Algu-

nos talleres, guardando su calidad artesanal, han tecnificado partes del proceso de trabajo mostrando una flexibilidad bastante elevada. Algunos incluso, incursionan en las páginas web como anunciantes o como buscadores de ofertas de compra. Pero ello no es la regla general, a pesar de la insistencia gubernamental por “modernizar” los talleres de los “microempresarios” para convertirlos paulatinamente en empresarios de “clase mundial” (competitiva, innovadora, bien administrada, con cero defectos). El problema radica en la inexistencia de criterios para reglamentar procesos de trabajo que, por definición, son opuestos a los industriales

En el taller urbano arquetípico, el dueño del taller es también el dueño de su oficio que aprendió dentro de su familia o en un taller de conocidos y se autocalifica como “empresario” porque es emprendedor. No acostumbra llevar inventarios, ni a inscribir a todos o a parte

de prestigio y calidad que se venden a precios altos a través de canales selectos y especializados. El modelo asiático, con productos de precios muy reducidos al alcance de cualquiera, se distribuye en canales más amplios: supermercados y grandes almacenes.

de sus empleados en las instancias de seguridad social de la que ellos también carecen; tienen horarios de 8 horas que pueden extenderse, igual que el número de ayudantes, de acuerdo a los pedidos que reciben; el trabajo es generalmente por encargo; no siempre están inscritos de acuerdo a las reglamentaciones tributarias; tampoco pertenecen a asociaciones gremiales o a cámaras industriales o empresariales; no hay administración del trabajo fuera de un reparto elemental de tareas de acuerdo a las especialidades del taller; la supervisión de la calidad es siempre una responsabilidad del maestro de acuerdo a su particular subjetividad, producto de la experiencia, de lo "bien hecho" así como la vigilancia de la conducta permitida dentro del taller, que es un asunto de costumbres y no de reglamentos escritos. El patrón-dueño-maestro del oficio a menudo se ausenta del taller para platicar con los clientes que encargan trabajo, para tomar medidas si es el caso o bien para asistir a alguna feria o exposición. La visión de su producción y la vida del taller es siempre a

corto plazo aunque esté presente la interrogante (y la esperanza) de si será posible algún día mejorar la calidad de la vida.

Por el lado de las atribuciones del artesano como diseñador de sus productos, el mercado ha tenido un influyente papel en disminuir esa capacidad; el gusto del consumidor directo o del comerciante que encarga los trabajos, las revistas especializadas de decoración y, mas recientemente, las órdenes de trabajo que proceden de empresas de diseño



10 Cit en *El Financiero*, "Débil, 90% de la planta productiva: Canacindra", (la fuente es INEGI, Censos Económicos 1999 con datos del año 1998), viernes 14 de febrero de 2003, pág. 10.

originan los modelos a fabricar; la creatividad que solía formar parte de su bagaje de habilidades se limita a la capacidad de modificar características del producto encargado.

Los artesanos en la producción y la cultura

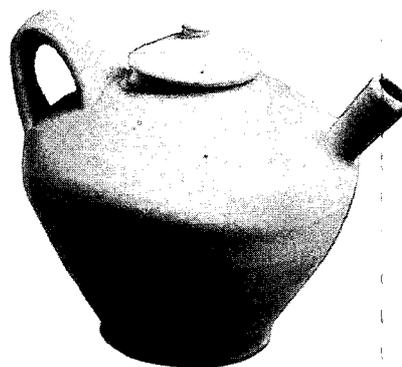
Si ubicamos a todos los tipos de talleres dentro de la industria nacional, tendríamos que decir que forman parte del universo de 358,190 micro-empresas (las que ocupan hasta 15 trabajadores) o el 94.4% de todas las industrias del país de acuerdo a los censos económicos más recientes¹⁰, es decir, que conforman la absoluta mayoría de unidades de producción "industriales" del país aunque ocupan sólo al 14 por ciento

de la fuerza de trabajo, según cifras de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación. A pesar de que es difícil inferir de los censos industriales cuáles son las ramas que podemos considerar artesanales y cuál la población ocupada en ellas, hice un pequeño ejercicio aritmético a partir de los últimos datos publicados (1998) seleccionando de entre todas las clases industriales, las que, de acuerdo a mi experiencia de investigación, involucran al trabajo artesanal¹¹. Las deficiencias del ejercicio pueden ser, por un lado un subregistro ya que las unidades de producción familiar no siempre son censadas, (casos de la alfarería, los textiles y la cestería) y por otro, un sobregistro en aquellas clases de actividad (como la fabricación de estructuras metálicas donde se suma la herrería, o la fabricación de

11 Mis investigaciones sobre el fenómeno artesanal mexicano arranca desde 1973 y sus resultados son conocidos. Para esta ponencia utilizo información del proyecto colectivo que desarrollo en el estado de Colima desde el año 2000 ("Artesanos y Artesanías en Colima") en colaboración con la Universidad de Colima. Para el proyecto se han encuestado 79 talleres de 9 ramas artesanales, tanto de la ciudad de Colima como de localidades en los municipios de Minatitlán, Villa de Álvarez, Cuauhtémoc y Manzanillo y 27 entrevistas con dueños de talleres de 8 oficios, casi todos (con 3 excepciones), de las ciudades de Colima y Villa de Álvarez (ciudades conurbadas). Las cifras nacionales tomaron en cuenta las ramas de alfarería y cerámica, joyería, vidriería, laudería, zapatería y huarachería, herrería, carpintería, textiles, fibras vegetales duras y suaves, impresión y encuadernación.

muebles que incluye colchones y persianas) que involucran procesos básicamente fabriles y no hay posibilidades, por la manera en que se presentan los datos, de discriminar con base en los procesos de trabajo, que sería lo determinante. Estos problemas se matizaron incluyendo las cifras que se dan para el personal ocupado familiar no remunerado. El resultado indica que había en todo el país cerca de medio millón de personas ocupadas en casi 115 mil unidades de producción (o la tercera parte de las empresas consideradas como microindustrias); estas cifras no dejan de ser meras hipótesis de trabajo, pero pueden, a pesar de los errores de origen, dar un acercamiento al menos tendencial al problema de la cuantificación de quienes trabajan en "lo" artesanal. Abundando en las hipótesis, los cer-

ca de medio millón de artesanos, representarían casi el 32 por ciento de la fuerza de trabajo ocupada en la industria manufacturera de México, una cifra considerable¹². Las inconsistencias de las cuantificaciones (como el identificar el total de población indígena con artesano, o inventar cifras a partir de los índices de pobreza, etc.) son un



12 De acuerdo con las cifras que aporta el libro de Javier Aguilar, la PEA en 1997, la componían 36.2 millones de personas de las que sólo 1.3 millones trabajaba en las manufacturas (cit en cuadro II.4, y cuadro II.10. pp 58-59, 75). En la investigación de Arnulfo Arteaga y José Luis Torres (1997), el grupo de ramas manufactureras de nivel tecnológico "muy bajo", que en términos generales corresponden a las unidades "micro", la utilización de la capacidad instalada es alta (83.4%), dedica la mayor parte de su producción al mercado interno (94.5%), tiene muy poca participación en la producción de valor (8.3%) y en la distribución del ingreso (7.5%). La caracterización tecnológica de los establecimientos que hacen los autores se basa en indicadores cualitativos y cuantitativos de la Encuesta Nacional de Empleo, Salario, Tecnología y Capacitación en el Sector Manufacturero, 1992.

*reflejo más de la carencia de información confiable sobre esta franja de la producción nacional, si bien empieza a haber avances al respecto*¹³.

La mera existencia del artesano en la etapa actual del capitalismo, indica su capacidad de flexibilidad y adaptación que lo ha hecho permanecer como protagonista en la producción desde hace siglos. Esta afirmación que aparentemente choca con el concepto de “tradicción” por una parte nos obliga a entenderlas como conjuntos dinámicos y no estáticos, igual que la cultura de la que forman parte. Y la mexicana es una cultura que ha identificado a los productos de artesanía como valores de uso que comparten códigos de identidad donde la obra artesanal está obsesivamente presente y actuante aunque los productos pertenecen a mundos diferenciados de consumo:

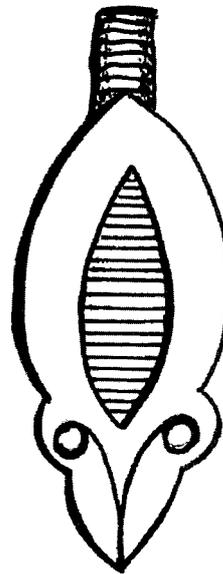
Por una parte figuran objetos que desde la etapa desarrollista del capitalismo mexicano reciben el nombre de “artesanías” que el lenguaje intelectual ha adjetivado como “típicas”, “tradicionales”, “indígenas”, o “populares” subrayando los atributos culturales dirigidos, unos, al consumo turístico, y otros al consumo popular, especialmente campesino. Por otra parte, toda una gama de objetos relacionados a la vida diaria de las ciudades y los pueblos y que proceden de los talleres de alfarería, carpintería, herrería, cerería, sastrería, zapatería, joyería, talabartería, sombrerería, cestería, huarachería, textiles, etcétera, a los que no se les da el apellido de “artesanía mexicana” por su lejanía de los mercados turísticos y de los circuitos del comercio cultural pero que tienen demandas locales y regionales que permiten su reproducción económica. En otras palabras, si nuestra cultura nos sigue pidiendo

¹³ Algunas universidades públicas, además de las ubicadas en la capital de la República, están iniciando estudios sobre artesanos y microindustrias con equipos de investigación que involucran profesores y estudiantes siguiendo una política de compromiso con la sociedad de su entorno. De esto tenemos ya ejemplos de la Universidad de Colima, la Universidad Michoacana, la Autónoma de Baja California, la de Guadalajara, entre otras. Sobre el tema de las microindustrias, un equipo de investigación de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Baja California publicó un artículo muy interesante, “Micronegocios rentables en Baja California” (2002).

cocinar los frijoles en ollas de barro los alfareros seguirán teniendo trabajo y ofreciendo una rica variedad de ollas. México está aún lejos del panorama que dibuja Saramago en su novela *La Caverna* precisamente por la vitalidad de las culturas locales. La economía global interviene al minimizar la frontera entre ambos mundos de consumo que, como todas las líneas de demarcación, es permeable, movable y transitable; así, los fenómenos de la moda o del *marketing* pueden hacer que aparezca en una galería una escoba artesanal como objeto de arte o que un tejido indígena se anuncie apelando a las emociones que despierta el tener un trozo de patrimonio cultural en casa.

Sin embargo, aunque pueda celebrarse la existencia del artesanado como una forma de producción tradicional que ha sabido acomodarse a situaciones económicas y dar respuestas flexibles a muchas crisis y cambios, tanto los programas de atención como las investigaciones sobre ese sector, deben valorar las condiciones materiales con las que se vinculan hoy día esas tradiciones. En México, “modernización” en ciertos contextos significa prioritariamente

la necesidad de elevar la calidad de vida de los productores y no solamente introducir normas y sistemas de calidad para los productos. Mientras que la “integración” deseable debería permitir que los artesanos accedan a toda la información técnica pertinente y necesaria en el mundo de hoy, incluyendo la escolaridad elemental, para que pueda ser usada con la libertad que permite el ejercicio creativo de habilidades y destrezas. En otras palabras, puede resultar positivo asumir la paradoja de la “globalidad” que tiende a reforzar las identidades propias, locales, como



parte de un proyecto de cultura *propia* cuando se contrastan con las tendencias uniformadoras y despersonalizadoras que propone la cultura globalizada, si se usan creativamente sus potencialidades democráticas. Y en este sentido puede ser posible reforzar producciones locales y regionales ya existentes ofreciéndoles información que les permita decidir los cambios y mejoras de sus procesos productivos facilitando el trámite de gestiones, asegurando el acce-

so a las materias primas con criterios de sustentabilidad y asegurando un contexto general que mejore la calidad de la vida. Las producciones locales poseen requisitos de especialización del trabajo, la identificación con un territorio y una cultura del trabajo que reúne sabidurías y destrezas muchas veces desperdiciadas que podría, con condiciones adecuadas convertirse en una propuesta regional de producción.

Bibliografía

Aguilar García, Javier, *La población trabajadora y sindicalizada en México en el período de la globalización*, UNAM/IIS-UNAM/F.C.E., México, 2001.

Arteaga García, Arnulfo y José Luis Torres Franco, "Las características tecnológicas del sector manufacturero en México", en *Iztapalapa 42*, julio-diciembre de 1997, pp 219-252

Carruthers V., David, "The politics and Ecology of Indigenous Folk Art in Mexico", *Human Organization*, vol. 60, num 4, 2001, pp 356-366

Díaz-Bautista, Alejandro, "Efectos de la globalización en la competitividad y en los sistemas productivos locales de México", en *El correo fronterizo*, Gaceta Electrónica del Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México, 14 de abril, 2003

Espinosa Infante, Elvia, Rebeca Pérez Calderón y Julio Blackaller Rodríguez, “Algunas consideraciones en torno a la problemática de la implantación de los modelos de calidad total en las pequeñas y medianas empresas mexicanas” *Gestión y Estrategia*, num 8, julio-dic 1995, Edición internet, UAM-A.

González, José María, *Del artesanado al socialismo*, Sepsetentas, México, 1974.

Kuri Gaytán, Armando, “La globalización en perspectiva histórica”, *Comercio Exterior*, vol 53, num 1, México, enero de 2003, pp 4-12

Lejarreta, Víctor, “Estrategias de marketing internacional y proyección exportadora al mercado europeo” en curso *Política exportadora a los mercados europeos de las artesanías de México, Centroamérica y el Caribe: diseño y desarrollo de productos con proyección al siglo XXI*, Fonart, Fundesarte, Casa de las Artesanías de Michoacán, Sedeso, Indesol, Morelia, México, junio-julio, 1999.

Illades, Carlos, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, UAM-I, El Colegio de México, México, 1996.

Kuri Gaytán, Armando, “La globalización en perspectiva histórica”, *Comercio Exterior*, vol. 53, num 1, enero 2003, México, pp 4-12

Ley Federal del Trabajo, 5ª ed., 1ª, reimpresión, México, marzo de 1999.

La Jornada Virtual, 17 de mayo de 2002, México

Mungaray, Alejandro *et al*, “Micronegocios rentables en Baja California”, *Comercio Exterior*, vol. 52, num 8, México, agosto de 2002, pp 710-717

Novelo, Victoria (coordinadora), *La capacitación de artesanos en México, una revisión*, CENCADAR/PLAZA Y Valdes, México, 2003.

——— (comp), *Historia y Cultura Obrera*, CIESAS/Instituto Mora, Serie Antologías Universitarias, México, 1999.

——— *Artesanías y Capitalismo en México*, SEP-INAH, México, 1976.
Ovando, Claudia, *Sobre chucherías y curiosidades: valoración del arte popular en México*, Tesis de doctorado en Historia del Arte, UNAM, México, 2000.

Pérez Toledo, Sonia, *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la ciudad de México, 1780-1853*, UAM-I/ El Colegio de México, México, 1996.

Rubín de la Borbolla, Daniel, “Observaciones sobre el arte popular mexicano”, *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, UNAM/Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1956.

Sánchez Ruiz, Enrique, “El reto mexicano”, en *Reforma*, 19 de agosto de 2001. www.reforma.com

SECOFI, “Ley Federal para el fomento de la microindustria y la actividad artesanal”, *Cuadernos Secofi*, Serie Jurídico, México, s/f [1988]

Seminario de movimiento obrero y Revolución Mexicana, *Comunidad, cultura y vida social: ensayos sobre la formación de la clase obrera*, Colecc. Divulgación, INAH, México, 1991.

Trujillo Bolio, Mario, *Operarios fabriles en el valle de México 1864-1884*, CIESAS/ El Colegio de México, México, 1997.

Turok, Marta, “Artesanos y recursos naturales: problemas y soluciones”, en *La Jornada Ecológica*, año 5, num 49, 22 de agosto de 1996.

Unamosapuntos, “Normas de calidad total, reingeniería y benchmarking”,
<http://unamosapuntos.tripod.com>, 2001

Von Mentz, Brígida, *Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España*, CIESAS/ Miguel Ángel Porrúa, México, 1999. ■